



Nada cambia mientras no cambien los dioses...

Por José M.ª GONZALEZ RUIZ

"Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla..."

(ANTONIO MACHADO.)

UNA vez más la modorra de «las calores» sevillanas ha logrado deshacer el recuerdo de aquel gran sevillano, Antonio Machado Ruiz, que en un cálido día del julio sevillano vino al mundo en el Palacio de las Dueñas.

Los sevillanos que también andamos tan habitualmente fuera del terruño sabemos calibrar lo que supone esta centenario prolongación del desdén y del olvido de nuestra tierra hacia tantos y tantos profetas como han nacido de su seno.

Quizá sea mejor así. Decía Jesús a los escribas y fariseos: *"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que edificáis mausoleos a los profetas y adornáis las tumbas de los justos, y decís: «Si hubiéramos vivido en los tiempos de nuestros padres no habríamos sido cómplices de la sangre de los profetas!» Pero con esto os estáis declarando a vosotros mismos hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Y ahora vosotros, colmad la medida de vuestros padres!* (Mt. 23, 29-32).

Realmente sería indignante que ciertos estamentos de nuestra sociedad intentaran deshacerse de la memoria molesta de Antonio Machado, condenándolo al honor

de los altares. A Machado le pega más seguir como está, como él siempre fue, sin quitarle un ápice de su profetismo sereno, pero picante. El mismo, cuando hacía una crítica sangrienta de la «Iglesia constantiniana», la describía con una frase genial, que es, sin duda, lo mejor de su «eclesiología»: *"Esta Iglesia —decía nuestro paisano— había tomado del Cristo lo imprescindible para defenderse de él."* («Los Complementarios», Editorial Losada, Buenos Aires, 1968, página 145).

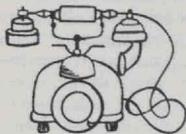
Quizá nuestra sociedad burguesa, que rechazó desde siempre al poeta sevillano, pretenda crear esta especie de vacuna antimachadiana, utilizando elementos elegidos y distorsionados de su mensaje integral.

Hoy quisiera subrayar algo muy importante de su mensaje, sin acudir ni remotamente al procedimiento cobarde de la vacuna. Nos encontramos en un momento de «cambio de tercio» en nuestra sociedad española; un cambio, del que ya estaba preñada la sociedad en la que vivió y murió Antonio Machado. Puen bien, el poeta sevillano supo poner el dedo en la llaga, para que los científicos del cambio no se descarriaran en consideraciones —de suyo válidas—, pero que no agotan, ni con mucho, toda la problemática

de esta difícil situación coyuntural. Para él, en efecto, no se puede concebir un cambio sustancial de la sociedad sin que previa y causalmente no haya habido un «cambio de dioses»: *"El gran pecado que los pueblos no suelen perdonar es el que se atribuía a Sócrates, con razón o sin ella, el de introducir nuevos dioses. Claro es que entre los dioses nuevos hay que incluir a los viejos, que se tenía más o menos decorosamente jubilados. Y se comprende bien esta hinchazón a los nuevos dioses, que lo sean o que lo parezcan, porque no hay novedad de más terribles consecuencias. Los hombres han comprendido siempre que sin un cambio de dioses todo continúa aproximadamente como estaba, y que todo cambia, más o menos catastróficamente, cuando cambian los dioses."* («Juan de Mairena», I, 134).

Esta tesis machadiana parece a muchos un puro fruto de un idealismo alienante, ya que científicamente se puede demostrar que los «dioses» son una pura superestructura del entramado de la historia humana y, por lo tanto, son meros reflejos «a posteriori» de la infraestructura, fundamentalmente económica, que dirige invariablemente el timón de la historia humana, que sería sustancial (y casi exclusivamente) la historia de las relaciones de producción.

CONVIERTA A SU SECRETARIA EN LA MEJOR AGENCIA DE VIAJES



Recuerde que nos tiene tan cerca como tiene a su secretaria. Llámenos y cualquiera de nuestros directivos le visitará con el mayor placer y con un criterio muy actual de lo que vale su tiempo y el nuestro.



VIAJES

"INTERNACIONAL
EXPRESO" S.A

Fundada en 1926.
Grupo A. Título, 2.

ALEMANES. 3.

Teléfonos 21 38 28 - 21 31 33.
SEVILLA.

A esta objeción contesta Machado aportando una fina intuición: también esa nueva «infraestructura», tan aséptica ella y tan secular, está ligada a esa ley inexorable de la presencia de los dioses. Eso sí, esta vez los dioses no aparecen como tales, sino que se esconden bajo otras formas: son dioses apócrifos:

"Y esta cátedra mía —la de Retórica, no la de Gimnasia— será suprimida de real orden, si es que no se me persigue y condena por corruptor de la juventud. O por enemigo de los dioses. De los dioses en que no se cree. Porque no hay que olvidar lo que tantas veces dijo mi maestro: «Nada hay más temible que el celo sacerdotal de los incrédulos.» Dicho de otro modo: «Que Dios nos libre de los dioses apócrifos», en el sentido etimológico de la palabra: de los dioses ocultos, secretos, inconfesados. Porque éstos han sido siempre los más crueles y, sobre todo, los más perversos; ellos dictan los sacrificios que se ofrendan a los otros dioses, a los dioses de culto oficialmente reconocido." («Juan de Mairena», I, 111).

Estas intuiciones machadianas nos ponen en la pista para comprender un poco el marasmo laberíntico en que nos encontramos los españoles en este momento. Los periodistas extranjeros (sobre todo si son nórdicos o... eslavos) no entienden ni gorda de lo que pasa por aquí: ¿cómo se explica que en un país confesionalmente católico haya tanta y tan profunda sensibilidad frente a la actitud, puramente religioso-profética, de la Iglesia que sigue siendo todavía oficial?

La razón es muy sencilla: en el seno de la Iglesia se está operando lo que, con lenguaje machadiano, llamaríamos un «cambio de dioses». Así se explica que el poder, con su finísimo instinto, esté tan atento a lo que se dice en el «sancta sanctorum» de los vetustos templos de la tradicional cristiandad hispánica. Por eso, un artículo o un libro de materia religiosa vale infinitamente menos que una breve homilía de diez minutos, pronunciada ante unos centenares de personas. Y es que la homilía pertenece de cuajo a la raíz religiosa de esa antigua institución que se llama la Iglesia Católica.

Muchos elementos representativos de la Iglesia (obispos, clérigos, religiosos) creen que su contribución al cambio de la sociedad se inscribe en el espacio técnico de la mecánica política; y por eso flirtean con mayor o menor intensidad con toda la gama política del país: desde el fascismo «bunkeriano» hasta el comunismo ortodoxo, pasando, sobre todo, por las gastadas calzadas de la democracia cristiana (o las democracias cristianas).

Sin embargo, habría que recordar aquello de que «del enemigo el consejo»: lo que verdaderamente irrita a los resistentes al cambio es que los responsables eclesiales hagan puramente de profetas, comprometiéndose a fondo, pero sin «reducirse» a ningún programa político técnico concreto.

Y es que lo realmente es un símbolo poderoso de la caída de cualquier «búnker», por bien instalado que esté, es el real y verdadero «cambio de dioses». ■